

J. ALDEN MASON

## LA QUINCENA FURIOSA

DIARIO DE LA BATALLA DE LA CIUDAD DE MÉXICO, FEBRERO DE 1913

México, *domingo 9 de febrero*. ¡Hoy hicimos historia! Esta mañana estábamos Gramm y yo sentados a la mesa desayunándonos y haciendo planes para el "día de descanso". Habíamos decidido seguir el habitual programa mexicano, que por lo general consiste en un paseo por la Alameda durante la mañana para escuchar el concierto de la banda, la corrida de toros, *número fuerte* de toda la semana, por la tarde; el paseo por la Avenida San Francisco a la caída de la tarde; y al cine Metropolitano por la noche. De pronto advertimos que se oían explosiones como de triquitraques. "¿Qué fiesta celebran hoy?" preguntó Gramm con aire aburrido, porque es un corpulento irlandés de Texas y era la primera vez que visitaba México. Yo ya había estado aquí el año anterior. Según sus propios informes, había estado de juerga en Los Angeles y cuando despertó se encontró cerca de la ciudad de México. Esto parece un poco inverosímil, pero como es un amigo agradable, ¿qué importa cómo ni por qué esté aquí? Se consideraba el colmo de la insolencia preguntar las razones por las que un individuo estaba en México, pues el individuo en cuestión no pocas veces tenía pendiente una invitación para hospedarse en uno de los hoteles gratuitos del Tío Sam. Los tiempos han cambiado un poco, pero no es asunto mío investigar por qué razones o por qué método había llegado Gramm a México.

Inmediatamente nos pusimos en la calle camino de la Alameda para oír el concierto de la banda; mas parecía impregnarlo todo un curioso aire de excitación e inquietud. Sin darnos cuenta de que ocurriese nada, seguimos adelante hasta que nos vimos rodeados por una grande y excitada multitud agrupada en la esquina de San Francisco y San Juan de Letrán. "¡Viva Madero!", llegó a nuestros oídos, y Gramm, que no sabía nada de español, preguntó: "¿Por qué es todo este barullo?" No tardamos en empezar a advertir que estábamos presenciando algo que haría historia, por-

que de pronto la excitación aumentó hasta convertirse en griterío cuando una figura cortés y sonriente apareció en un balcón contestando a las aclamaciones de la muchedumbre. No había duda que era el Presidente Madero.

Según supimos después, había recorrido la ciudad a caballo desde Chapultepec, acompañado sólo por un puñado de guardias presidenciales, y al llegar a aquel punto habían disparado contra él, por lo que desmontó y entró en un edificio próximo a esperar los acontecimientos. Poco después apareció a la puerta, volvió a montar en medio del mayor entusiasmo y, acompañado sólo por unos pocos individuos de su plana mayor, empezó a cabalgar, lentamente, sonriente e imperturbable, Avenida San Francisco adelante, rodeado por la muchedumbre que se apiñó pegada a sus estribos. Gramm lo miró fijamente, con la innata admiración del irlandés por el valor.

“¡Créeme, muchacho! —dijo—. ¡No es ningún cobarde!” Y yo estuve de acuerdo. Así, casi solo y sin protección, el Presidente Francisco Madero cabalgó hasta el Palacio por calles que hacía apenas una hora habían repetido los ecos de las pisadas de pies hostiles y los disparos de máuseres rebeldes. Probablemente su valor fue su mayor protección.

Seguimos a corta distancia a la agitada muchedumbre, averiguando gradualmente, mediante un proceso de absorción, que los rebeldes habían atacado el Palacio Nacional, pero que habían sido rechazados. A dónde se habían ido los soldados rebeldes, no parecía saberlo nadie. Durante un corto rato estuvimos en aquellas cercanías, pero no era ocasión para holgazanear. Seguramente la ciudad de México no había visto nunca antes un ambiente tal de excitación reprimida de muchedumbres que iban en tropel de un lado para otro. He aquí que llega un escuadrón de *rurales*, los “Rough Riders” mexicanos, corriendo a todo galope por la calle, con las carabinas descolgadas y dispuestos a entrar en acción, mientras la multitud se desbandaba delante de ellos. En la esquina cercana un grupo de *gendarmes* formados levanta los revólveres amenazadoramente, y todos los civiles buscan una esquina donde esconderse. Tras unas palabras de explicación, bajaron los revólveres y fue evitada la crisis.

Pero era evidente que cada soldado desconfiaba de su vecino y que toda la situación estaba preñada de peligros latentes. El ambiente de incertidumbre, de duda o de hostilidad abierta era demasiado intenso para que aquel sector de la ciudad fuese un lugar agradable para pasear, y después de media hora de correr de esquina en esquina y de corretear calles, saltando a cada ruido, decidimos buscar un sitio más tranquilo.

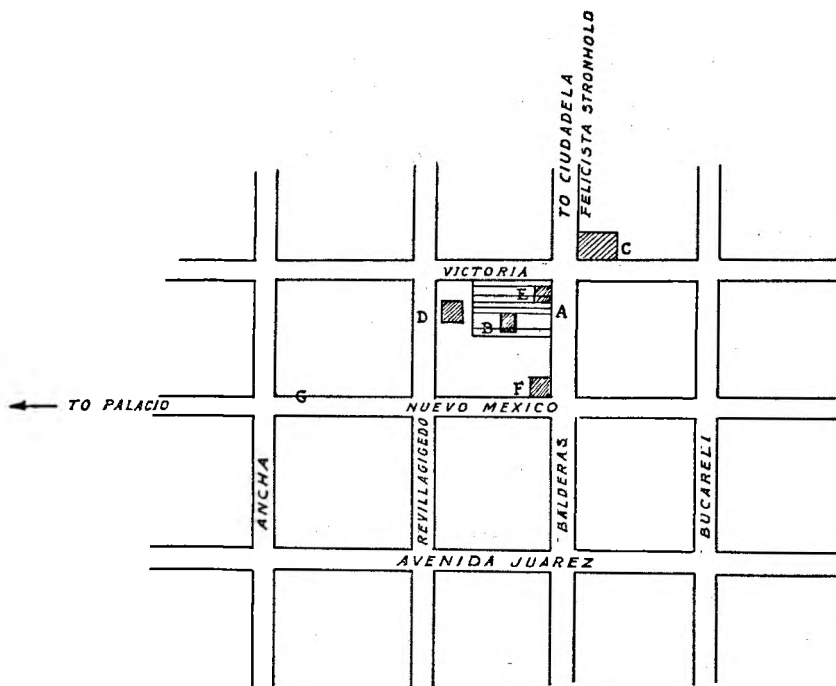
“Retirémonos —sugirió Gramm—. ¡Quién puede saber lo que harán después estos tipos!” Y así, prudentemente, nos acogimos a la sombra de la Alameda, donde, en uno de los bancos de piedra bajo altos y desnudos eucaliptos, nos esforzamos por desembrollar la situación. Era la primera mañana de domingo en muchos meses que una banda no despertaba los ecos del parque, que parecía extrañamente desierto.

“De cualquier manera —observó Gramm—, me alegro mucho de que nuestra casa esté bastante lejos del Palacio para que... ¡Diantre! ¡Qué diablos es eso?” Porque en el aire tranquilo del parque sonó un matraqueo como el que habíamos oído cuando nos desayunábamos, sólo que ahora diez veces más fuerte. En esta ocasión no había lugar a error, ¡venía de la dirección de nuestra casa! El tableteo, parecido al de una remachadora, los estampidos secos y los fuertes ruidos dejaban poco lugar a la duda de que se estuviera dando una batalla, y ese poco se desvaneció con los silbidos o siseos que de vez en cuando oímos sobre nuestras cabezas y la caída de hojas o de alguna rama. Pero mientras escuchábamos, nerviosos y expectantes, el ruido disminuyó y después cesó por completo. Gramm recobró su aplomo. “¡Eh! ¡Volvamos a casa! Y regresamos a casa, donde encontramos a la gente asustada, pero indemne.

Tenemos aquí un lugar muy agradable, una casa en una *calle privada*, especie de patio, cerrada por el fondo, pero abierta a la Avenida Balderas. Una puerta, cerrada siempre por la noche, da al patio el aislamiento deseado. Estamos exactamente lo bastante lejos del distrito comercial para encontrarnos cómodos, y no muy alejados de la Alameda. El nuevo edificio de la Y.M.C.A., bella construcción de cemento, la más alta de este sector de la ciudad, está solo a un tiro de piedra, en la esquina de enfrente; dos cuadras o manzanas Balderas abajo está el Consulado Norteamericano, y dos manzanas arriba está el arsenal o Ciudadela. Además de Gramm y yo, forman nuestro grupo la señora Massey, nuestra patrona u hospedera, y su hijo Edward; Trent, joven hombre de negocios norteamericano; la señorita Potter y Mlle. Laferté.

Después de haber comido apresuradamente, salimos otra vez y fuimos hacia la Ciudadela, donde había tenido lugar la lucha de la mañana. Prevalcía allí un aire sorprendente de *sans souci*, de despreocupación. Militares y civiles se mezclaban indistintamente y entraban y salían de los edificios. Parecía haber pocos centinelas e indiferentes, y anduvimos de un lado para otro a nuestro gusto, aunque sin intentar meternos en el arsenal. La multitud llenaba los alrededores, y los niños de la calle hacían agujeros en las

paredes de las casas del contorno para hacerse de balas empotradas en ellas como recuerdos. Había muchísimas. El Colegio del Sagrado Corazón de Jesús estaba despiadadamente acribillado, y había por las calles grandes marañas de cables. Esto atestiguaba la intensidad de la lucha mediante la cual los rebeldes, bajo el mando de Félix Díaz, tomaron el lugar después



- A. Nuestra "calle privada", 5a. Balderas Núm. 72.
- B. Nuestra casa.
- C. YMCA. Edificio fortificado por los felicistas.
- D. Tienda en la que compraba víveres en las mañanas.
- E. Casa que fue incendiada.
- F. Edificio del periódico maderista *Nueva Era*.
- G. La ametralladora maderista más cercana.

de haber sido rechazados del Palacio Nacional más temprano por la mañana. Pero ahora el lugar mostraba poco aire marcial, y sólo las feas y negras bocas de las armas de fuego que sobresalían de los aleros de los edificios daban indicios de la verdadera situación.

Después de haber satisfecho nuestra curiosidad en la Ciudadela, nos encaminamos otra vez hacia el Palacio Nacional, pero allí se hizo manifiesta una política diferente. Todas las calles próximas al Zócalo están bloqueadas y guardadas varias cuadras antes de llegar a la plaza, y es imposible acercarse al Palacio a menos de medio kilómetro.

“¡Media vuelta!” es el saludo a todo el que se acerca. Como no había allí agitación bastante para interesar a nuestra curiosidad excitada, decidimos volver a la Ciudadela, a la cual por lo menos podía uno acercarse. Pero en el momento en que llegamos, las calles estaban tan llenas de espectadores ansiosos, que el acceso a la Ciudadela era igualmente imposible. La calle, delante de la puerta de nuestra privada, se estaba llenando de una multitud inquieta y excitada, ávida de saber lo que ocurría, cuando sonó un disparo e instantáneamente la Ciudadela rompió en un bramido, con gran tumulto por parte de las muchedumbres. Gritando y chillando, buscaban el abrigo más próximo, la mayor parte de ellas volviendo las esquinas cercanas, mientras mucha gente buscaba el refugio de nuestra hospitalaria puerta, que estuvo abierta mientras pidió entrada algún fugitivo, y después la cerraron. Pero por encima de las puertas de hierro podíamos ver la esquina y el costado más cercano de la Ciudadela, la bandera ondeando bravamente sobre ellas, y las hileras de cabezas negras que se asomaban por encima de la azotea. Los sables de los oficiales brillaban al sol de la tarde, y por encima de todo llegaba el tableteo de las ametralladoras y, de vez en cuando, el estampido de un cañón. Pero brillaba por su ausencia el “humo de la batalla”; verdaderamente, la guerra ha perdido mucho de su pintoresquismo.

Después de unos momentos de confusión el clamor disminuyó y al fin cesó, y entonces —¡ordenanzas!—, por delante de la puerta, desconociendo todas las disposiciones sobre velocidad, pasó un gran camión que identificamos rápidamente como perteneciente a la gran fábrica de cigarrillos El Buen Tono. Sobre él tremolaba una gran bandera blanca con la conocida cruz roja, y mientras se abría paso vimos dentro unas figuras tendidas o dobladas, mientras que en el asiento frontero una cara inclinada y ensangrentada gritaba aún victoriosamente: “¡Viva Díaz!”

“Soldados”, le dije a Gramm, que asintió con un movimiento de cabeza.

Con esto terminaron los acontecimientos del día. La noche es tranquila en todas partes, aunque las calles que rodean la Ciudadela están patrulladas por *felicistas* para evitar un ataque nocturno o que se acerquen espías. Pero estamos muertos de cansancio después de un día de enérgico ejercicio y no tenemos ganas de aventurarnos a salir.

*Lunes 10 de febrero.* Un día tranquilo, pero tenso. El *Mexican Herald*, periódico inglés, da esta mañana una información completa sobre los acontecimientos de ayer, que nos ilustra sobre muchos puntos.

La situación política venía siendo mala desde hacía mucho tiempo. Madero había perdido popularidad, y estos sucesos parecen ser la culminación. Ciertamente, no fue ningún éxito su gobierno, aunque llevaba en el poder más de un año. La mayor parte de los norteamericanos y otros extranjeros residentes en la ciudad son enemigos suyos porque los negocios están en un nivel bajísimo. Con Porfirio Díaz los negocios, en particular los grandes negocios, estaban florecientes, los dividendos eran grandes y se repartían con regularidad, la hacienda pública estaba pletórica y las obras públicas progresaban. Desde luego, la prosperidad no llegaba a las clases más humildes, los *peones*, pero son pocos los extranjeros que se interesan por este aspecto de la cuestión.

Desde la subida de Madero, los negocios decayeron. Ausente la mano de hierro del viejo Porfirio Díaz, el capital extranjero dejó de sentirse atraído, y la industria, prácticamente, desapareció. El nuevo régimen de buscadores de empleos y de patriotas prácticos, sicofantes y revolucionarios, entre los cuales no son los menores, a lo que parece, algunos parientes del propio Presidente, saquearon la hacienda pública hasta casi agotarla. Cansado de una lucha interminable, parece que Madero intentó comprar a Orozco y a Zapata, necesitando el apoyo de un gran ejército, pero esos patriotas aún siguen en el campo. Los grandes hacendados se oponen a su política agraria, el ejército le es desleal o francamente hostil, y lo desprecia por ser un civil débil, y hasta la clase de los peones, los más beneficiados por la propaganda del *maderismo*, están empezando a irritarse porque no se realizan sus disparatados sueños, a perder la fe en su campeón, y ahora están decididos a gritar "¡Viva!", por el revolucionario en turno. Parece que el pobre *chaparrito* ha mordido más de lo que puede masticar al tratar de fundar su Utopía en México. ¡Pobre don Pancho! ¡No lo tenían los hados destinado a ser Presidente de México!

Parece que estaba preparada una rebelión hace unos meses, pero se consumó prematuramente por haber sido descubierta por el gobierno, o por haber tenido éste sospechas. Los alumnos de la Academia Militar de Tlalpan iniciaron el movimiento, marchando en gran número por la mañana temprano a las prisiones militares y poniendo en libertad a los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz, ambos reos de traición por haber iniciado sin éxito un movimiento revolucionario; pero no fueron fusilados debido a la equivocada clemencia de Madero. La fuerza se dirigió después al Palacio Nacional, acompañada de gran concurso de ciudadanos. Es evidente que

esperaban se les uniría la guardia del Palacio, con la cual es indudable se había tratado, y que probablemente no haría resistencia armada. Se detuvieron frente al Palacio, con las filas de la guardia delante y la muchedumbre detrás. Se dice que algunos llegaron a entrar en el Palacio. El destino del golpe de Estado oscilaba aún en la balanza. Si se hubiera dado la orden esperada, atacantes y defensores indudablemente hubieran fraternizado amistosamente. Pero en vez de esa orden sonó la de “¡Fuego!” Durante un momento las tropas defensoras titubearon, y después la obediencia se impuso a la descarga y los rifles empezaron a disparar y las ametralladoras a tabletear. Inmediatamente el Zócalo se convirtió en una carnicería. A la puerta de la gran catedral cayeron muchos fieles, los espectadores estaban apiñados y sobre ellos se abalanzaron los caballos sin jinetas. Se calcula que hubo doscientos cincuenta muertos y un número igual de heridos, y que de ellos sólo unos cincuenta eran de la fuerza atacante, y el resto civiles. Uno de los primeros en caer fue el general Reyes.

Díaz, viendo la inutilidad de continuar el ataque allí, recogió sus fuerzas, dio un rodeo por la ciudad y tomó la Ciudadela con muy poca resistencia por parte de la guardia. Allí está la mayor parte de las armas y municiones de que se dispone en la ciudad, lo cual puso a los federales en considerable desventaja. Se dice que varios norteamericanos fueron heridos en el ataque al Palacio, entre ellos nuestro amigo Ramsdell.

Durante todo el día anduvimos vagando por la ciudad, de la Ciudadela al Palacio y del Palacio vuelta a la Ciudadela. Ninguno de los dos lugares era ya accesible, pues centinelas armados mantenían apartada a la multitud varias cuadras antes de llegar a ellos. Los *felicistas* habían emplazado cañones que dominaban todos los accesos y las calles vecinas, y levantado barricadas de barro, madera, adobes, piedras o cualquier material transportable.

“Esto me recuerda *Los miserables*”, dijo mademoiselle Laferté con una sonrisa nerviosa. Las muchachas conservaban bravamente su valor, pero es evidente que estaban nerviosas.

Detrás de las barricadas de las calles estaban montados diferentes tipos de máquinas y cañones de tiro rápido. Una Colt y una Maxim están en la esquina más próxima a nosotros, enfilando la calle Victoria, mientras varios cañones dominan la Avenida Balderas, emplazados delante de nuestra puerta. Se dice que todas las azoteas que rodean la Ciudadela están armadas con ametralladoras, y que han montado una batería muy numerosa de ellas en el último piso de la Y.M.C.A., haciendo insostenibles los accesos. La mayor parte de los habitantes de la Y.M.C.A. se fueron, llevándose todas sus cosas portátiles; pero como se espera con suficiente causa

que la situación se resolverá amistosamente, todavía quedan algunos. La mitad aproximadamente de los extranjeros de nuestra privada han seguido el consejo de sus cónsules y han abandonado la zona peligrosa para refugiarse en las embajadas, y muchas de las familias mexicanas los han seguido; pero todos los de nuestra casa prefirieron quedarse en el barco hasta el último bombeo.

Balderas y las calles de los alrededores están llenas de muchedumbres excitadas. Recordando la sangrienta lección de ayer en el Zócalo, a la primera intimación de peligro buscamos la esquina más próxima, y después nos preguntamos por qué. Y no nos avergonzamos por ello ni poco ni mucho ninguno de los dos. "Primero retírate y después pregunta por qué" es nuestro lema. Un norteamericano se ha estado divirtiendo todo el día sobre una motocicleta dejando que el escape de gases suene como una ametralladora, lo cual siempre causa pánico entre las multitudes nerviosas.

Pero gran parte del día la pasamos dentro de nuestra puerta, que está abierta lo bastante para permitir entrar, pero suficientemente cerrada para impedir que entre la multitud, y lista para ser cerrada del todo a la primera alarma. Allí estuvimos vigilantes en actitud de quién vive.

Más allá de la Y.M.C.A. las avanzadas rebeldes impiden el paso. Uno de los más notorios entre ellos es un pequeño cadete rubio de aire autoritario cuyo magnífico caballo sigue los pasos de su dueño como un perrito. Todos deseamos que sobreviva a la prueba salvo y sano.

Cerca del Palacio las muchedumbres son menores y la vigilancia más estricta, y es imposible llegar a tenerlo a la vista.

Lo llena todo un aire de incertidumbre y excitación, pero no hay ninguna información definida sobre si la situación se resolverá amistosamente, o si es inminente un ataque, ni cual de las dos partes atacará, ni cuándo empezará el ataque. Hacia la tarde tropas del gobierno establecieron un cordón alrededor de esta parte de la ciudad a distancia conveniente. Pero no sonó un disparo en todo el día.

Cerca de la Ciudadela hay una pequeña plaza con árboles que ayer de tarde debió estar en la línea directa de fuego, porque el suelo está cubierto de ramas cortadas por las balas, lo que demuestra lo furioso que debe haber sido el fuego. Durante todo el día han estado recorriendo la ciudad autos y camiones, casi todos con bandera blanca, con desconocimiento absoluto de las disposiciones sobre velocidad. Me pregunto cuántos de ellos tendrán verdadero derecho a enarbolar la bandera neutral. Los coches de alquiler, desde luego, no circulan, y los negocios están absolutamente suspendidos. Se teme mucho que los zapatistas aprovechen las circunstancias para hacer incursiones por las barriadas periféricas de la ciu-



dad. Trent y yo acabamos de regresar de un paseo por la ciudad, pero las calles están desiertas y la población tan silenciosa como la muerte.

*Martes 11 de febrero.* ¡Seguramente Sherman tenía una idea justa de la guerra, sin duda alguna! Y nosotros estamos ahora precisamente en medio de ella, aunque nos sentimos bastante seguros en nuestro patio, que parece un desfiladero, mientras la batalla ruge alrededor.

El *Herald* publica esta mañana declaraciones de los mandos de ambas fuerzas y un consejo del embajador norteamericano de que se eviten los lugares peligrosos. Anunciaba que probablemente las tropas federales iniciarán un ataque al romper el día. Pero como todo parecía en *statu quo* después del desayuno, salí a recorrer la ciudad con mi amigo Heims. Apenas habíamos andado dos cuadras cuando, en la esquina de Independencia y Revillagigedo, nos encontramos entre la vanguardia de las tropas federales. Callejeaban despreocupadamente, pero era indudable que estaban concentradas allí para atacar la Ciudadela.

“Bueno, Mas —dijo Heims—, parece que va a haber jaleo.” “Si —le contesté—. Creo que lo mejor es que me vuelva a casa, no vaya a ser que después no pueda. Adiós.” Volví a casa en espera del primer disparo.

A las diez y veinte el rugir de un cañón rompió el silencio, y en un instante todo fue un puro estruendo. La multitud, constantemente pegada al mismo borde del peligro, se dispó en un momento escabulléndose por las calles laterales; nuestra puerta fue cerrada apresuradamente, después de dar paso a algunos fugitivos temerosos de verse en medio de las balas, y la batalla empezó. Duró todo el día, oyéndose ya sólo tiros sueltos, ya un tableteo como el de una remachadora, puntuado por el estampido más poderoso del cañón. Pero no podíamos ver nada; todo lo que podíamos hacer era imaginarnos las altas y bajas del ataque por el volumen del ruido que llegaba de la Y.M.C.A. y de las barricadas de la calle. Pero en nuestro patio, que parecía una rendija, todo es paz, y sólo la baraúnda que hiende el aire habla de la granizada mortífera que pasa por encima de nuestras cabezas. Al principio sentimos el miedo natural ante peligros invisibles, las mujeres más, y en particular las criadas; pero todos adoptamos una actitud de sangre fría y nos embromamos mutuamente para conservar el valor.

“Ni la mitad de apasionante que el tumulto de un linchamiento al que asistí siendo muchacho en Ohio”, dijo Gramm, y pasó a edificarnos con el vivido relato de aquel suceso. No obstante, nos reuníamos en un grupo, en los escalones de cemento de la obscura y triste entrada de la casa más alejada de la calle todos los que vivíamos en la privada, y escuchábamos el estampido de las granadas y el tableteo de los rifles.

Una vez pasada la primera novedad de la situación, y no previendo ningún peligro inmediato, empecé a escribir algunas cartas para remitirlas por correo a los Estados Unidos así que terminasen los desórdenes, pero, naturalmente, no me sentía con humor de trabajar, y con frecuencia me asomaba a mi pequeño balcón. No se veía nada salvo la acostumbrada pared lisa del lado opuesto de la Avenida Balderas.

Hacia las seis y cuarto de la tarde el tableteo y el fragor disminuyeron poco a poco hasta cesar. "Evidentemente, los soldados van a ser considerados con nosotros y a dejarnos pasar una buena noche de descanso", gruñó Gramm; pero la razón más probable es que los mexicanos nunca pelean de noche. Desde nuestro sombrío refugio nos deslizábamos hasta la puerta, arriesgándonos a la posibilidad de un tiro desde la Y.M.C.A., para observar el monto de los daños causados por la lucha durante el día. Poco es lo que se divisa desde nuestro punto de vista, y ese poco no llega a igualar a lo que esperábamos. Frente a nosotros la calle está sembrada de trozos de hierro, restos de los hermosos postes ornamentales de hierro de la luz eléctrica que antes estaban en el centro de la Avenida Balderas. Deben haber caído en el primer tiroteo. Algunos de los otros postes tienen agujeros y la cornisa de la Y.M.C.A. muestra los daños causados por varias granadas. Sin embargo, esperábamos una destrucción mayor, dada la cantidad de disparos que se hicieron hoy.

Al anochecer las calles quedan mortalmente silenciosas. Un intento de encender la electricidad resultó un fracaso, y es evidente que las balas que pasaban por lo alto cortaron los cables. El portero informa que, por una razón análoga, la bomba del pozo artesiano no funciona. Hay agua abundante en los tanques de la azotea, pero verdaderamente la guerra tiene sus inconvenientes.

Al caer la noche se presentó Edward, el hijo de la señora Massey. Todo el día habíamos estado inquietos por él. "Estuve en la azotea de una casa de la manzana próxima todo el día —dijo—. Cuando supieron que yo sabía manejar una ametralladora, me encargaron de una Colt y la apunté hacia abajo y más allá de esta casa. Díaz está pagando diez pesos diarios por tiradores experimentados, y me pareció que me convenía; pero quisieron que durmiera toda la noche en la azotea y dije: "¡ Buenas noches!" y me fui.

Hace un instante nos sorprendió oír sonar la campanilla de la puerta, e inmediatamente dos muchachos norteamericanos, amigos de las jóvenes, entraron para tener noticias de ellas. "Fuimos detenidos por las avanzadas de una y otra parte —contestaron a nuestras preguntas y expresiones de sorpresa—; pero dijimos que éramos extranjeros y explicamos nuestra

misión, y nos dejaron pasar sin dificultad." Parece haber una tendencia general, debida probablemente a las instrucciones recibidas, a molestar lo menos posible a los extranjeros no combatientes, dentro o fuera de las líneas. "Lo mejor es que vengáis con nosotros fuera de la zona de fuego", aconsejaron a las muchachas; pero éstas, habiendo pasado un día en seguridad, prefirieron "sufrir los males que padecían que no exponerse a otros mayores" y declinaron el ofrecimiento dando las gracias. Partieron los muchachos, y escuchamos atentamente. El "¿Quién vive?", resonó bruscamente así que llegaron a la calle, y oímos la tranquila contestación: "Extranjeros." Después de algunas palabras de explicación en voz baja, sus pasos se perdieron a lo lejos y todo volvió a quedar en silencio.

"Estos tipos —dijo Edward en su acento meridional— respetan las vidas de los extranjeros más que las de los suyos. Había un soldado en una azotea —supongo que tendría demasiado pulque puro a bordo— que atisbaba a un peón muy a tiro. 'Mi capitán —dijo—, voy a disparar contra ese individuo'. El oficial no dijo nada, y que me arruine si el soldado no apuntó su rifle y disparó contra aquel pobre hombre, e hizo blanco. Aquello le quitó un poco la borrachera, y dijo al oficial, como disculpándose, pero medio orgulloso de su puntería: '¡Mi capitán, le di!' '¡Qué cabrón!' exclamó el oficial; le quitó el rifle, le dio una patada y le dijo que se fuese. Pero el pobre peón ahí está, tumbado en la calle."

*Miércoles 12 de febrero.* ¡Conque hoy es el aniversario del nacimiento de Lincoln! ¡Qué diferencia entre su guerra civil y ésta!

Ha pasado otro día de lucha y, por lo que sabemos, sin ventaja para ninguna de las partes. Pero entonces no podemos decir lo que en realidad está ocurriendo. Sabríamos mucho más si estuviéramos fuera de las líneas, donde pudiéramos tener alguna comunicación con el mundo. Así, hasta esta mañana no supimos lo que sucedió ayer.

Estábamos reunidos en la puerta esperando que empezasen las hostilidades de un momento a otro, cuando descubrimos una figurita pequeña y andrajosa con un paquete de periódicos bajo el brazo, que salía de la esquina. El vendedor mexicano de periódicos es tan valiente y confiado como su colega norteamericano, y éste corrió nerviosamente a una señal, mientras miraba con ojos vigilantes las armas amenazadoras del edificio de la Y.M.C.A. "¿Tienes el *Herald*?" —preguntamos nerviosamente—. "Sí, señores", contestó jadeando, y le compramos todos los que llevaba. El vocecedor norteamericano habría subido el precio y sería incapaz de devolver el cambio, pero no así este muchachito, que se exponía al peligro por la ganancia habitual. Lo miramos con inquietud hasta que volvió la esquina

sano y salvo. La situación era demasiado tensa para que permitiese cualquier conversación.

Parece que la mayor parte de la lucha se desarrolló ayer en la calle de Balderas, poco más abajo de nuestra puerta; pero, naturalmente, no podíamos ver las granadas y las balas que pasaban volando. El consulado norteamericano, situado un poco más abajo en la misma calle, recibió algunos tiros y fue desalojado en seguida por el cónsul Shanklin. Parece que hubo también varias cargas en Balderas, pero ninguna de ellas llegó hasta nuestra puerta. Si puede haber algo más necio que combatir con un cañón de cinco kilómetros de alcance a la distancia de dos manzanas de casas en una gran ciudad, es lanzar un cuerpo de caballería contra un edificio de hormigón y de cinco pisos, defendido por una batería de ametralladoras. Naturalmente, cayeron a montones. ¿Quién cantará la "Carga de los Rurales"? La carga fue exactamente tan brava y tan asnal.

Hoy no fue más que una repetición de ayer, salvo que fuimos tratados con bandadas de granadas *shrapnel*. Parece que las disparan baterías situadas a cierta distancia, porque explotan casi simultáneamente encima de nosotros, dejando una pequeña bocana de humo sulfuroso amarillo y un estampido ensordecedor. "Exactamente como una bomba monstruosa del Cuatro de Julio", dijo Trent. Suponemos que son *shrapnel* porque a la detonación sigue un corto silbido. Al principio, probablemente mientras los artilleros estaban afinando la puntería, las granadas hacían explosión inconfortablemente cerca, sobre nuestras cabezas, pero en el patio no cayó nada. No hay nada más cercano a la estupidez que usar estas tácticas, porque tanto la Ciudadela como el Palacio son edificios bajos rodeados de otros más altos, y quizá no puedan ser alcanzados si no es directamente y a corta distancia o con morteros. Sólo la Y.M.C.A. puede ser alcanzada fácilmente, debido a su mayor altura, y poco a poco van destruyendo la azotea.

Esta mañana la lucha no empezó hasta algunas horas después de haber amanecido, hasta después de las ocho. Ignoro por qué; dudo que haya sido por consideración a la comodidad de los no combatientes. Pero las provisiones están disminuyendo, ya que ninguna casa mexicana se aprovisiona para más de un día, y muchas criadas y amas de casa de la privada están proponiéndose salir mañana por la mañana temprano a comprar comestibles. La señora Massey me rogó que acompañase a sus criadas, que, naturalmente, tienen miedo y temen aventurarse a salir.

Casi agotamos el petróleo para las lámparas, con las que tuvimos que substituir las luces eléctricas. Pero un peligro más grave es el de la falta de agua. El agua que corrió esta mañana de la azotea nos hizo saber que

una bala desgraciada había agujereado el tanque. “¡Cubos! ¡Bañeras! ¡Cántaros! ¡Palanganas!” se oyó gritar por todas partes, y en un momento estuvieron a mano un surtido variadísimo de recipientes. “Dádselos a Gramm. Es el que tiene los brazos más largos”, fue la orden, y Gramm, dócilmente, cogió un cubo y lo sacó por la ventana para recoger el precioso líquido que huía. Precisamente cuando lo hacía, dejó de correr el agua y no cayó en el cubo ni una gota. El pobre Gramm parecía muy cabizbajo, mientras Trent me tocaba ligeramente con el codo y observaba cuchicheando: “¡Naturalmente! ¡Debimos tener en cuenta la antipatía natural entre los irlandeses a beber agua!”

Pero el suceso del día fue la llegada del “Irlandés salvaje.” En mitad del día, cuando el fuego era más intenso, nos asombramos al oír gritos en la puerta y viendo aparecer en ella un individuo alto, sin sombrero y desgreñado. “¡Abran esta puerta!” —vociferó, y el tembloroso y asustado portero se apresuró a abrirla—. “¡Tres veces me quitaron las balas el sombrero de la cabeza esta mañana!”, exclamó ante la temerosa asamblea aun antes de dar un beso a su esposa, una de las mujeres de nuestro grupo. Después nos llevó aparte individualmente a cada uno de nosotros y nos susurró al oído: “¡Shh! No se lo diga a nadie. Esta mañana maté a seis individuos. Estuve incomunicado en la cárcel de Belén durante diez días a causa de un pleito civil —contó—, y esta mañana me pusieron en libertad cuando el bombardeo hizo imposible estar allí. Nos dieron revólveres y nos obligaron a unírnos al ejército. Yo, naturalmente, aproveché la primera oportunidad para desertar, pero no antes de haber matado a varios del otro lado. Dispararon contra mí mientras huía, pero me las arreglé para escaparme.” Sin duda por reconocerle como extranjero, las tropas *felicistas* de la Y.M.C.A. se abstuvieron, evidentemente, de tirotearle. Después asustó de tal modo a las mujeres con sus horrendas predicciones de aniquilamiento y sus actos comprometedores, que lo apodamos “El irlandés salvaje” y pensamos en amenazarlo con la expulsión.

Esta noche todo vuelve a estar tranquilo, pero se oyen disparos de vez en cuando.

*Jueves 13 de febrero.* ¡El mismo matraqueo incesante todo el día! La excitación empieza a perder sabor y se hace monótona.

Esta mañana me levanté temprano y acompañé a las criadas a hacer la plaza. Tenían un miedo mortal, pero fueron fieles a su buena ama. Pueden conseguirse la mayor parte de los principales comestibles, aunque el carbón de leña, principal combustible mexicano, la leche y otros artículos que se traen diariamente del campo, faltan por completo. Las tiendas pequeñas

están llenas de compradoras excitadas y temblorosas, y cada una insiste en que se le despache inmediatamente para poder volver a casa sin peligro. "¡Por amor de Dios, señor, sólo un kilo de frijoles y de arroz! ¡La batalla empezará dentro de un momento!" "¡Aprisa, muchacho! ¡Dame una libra de chocolate y un kilo de arroz!" "Pues, señoritas, no tengan miedo! ¡No empezarán hasta dentro de veinte minutos!"

Con pañuelos blancos en la mano como señal de neutralidad, nos aventuramos a salir. Las tropas de la Y.M.C.A. estaban guarneciendo todas las ventanas con sus rifles y ametralladoras preparadas, pero nos apresuramos calle abajo y volvimos la esquina de Nuevo México, donde nos sorprendió encontrarnos con soldados *maderistas* acampados, a poco más de doscientos metros de la Y.M.C.A., principal avanzada *felicista*. Las piedras de la esquina fueron pulverizadas hasta una profundidad de unos cuantos centímetros, y sobre la acera hay tendidas dos figuras inmóviles con pañuelos sucios cubriéndoles las caras, víctimas de aquel disparo. En el lado opuesto de Balderas un espectáculo todavía más horrible se impuso a nuestros ojos. Los golpes de las granadas habían roto una tubería de gas, que se inflamó, y habían sido arrastrados hasta las llamas dos cadáveres por medio de cuerdas amarradas a los pies. Pero tenían cubiertas las caras.

Con la mayor prontitud posible compramos las provisiones necesarias y regresamos. Nos causó una sensación bastante angustiada volver la esquina para entrar en Balderas, pues sabíamos bien que en la Y.M.C.A. hay siempre ojos vigilantes fijos constantemente en esa esquina, en acecho de ver asomar algo que se parezca a un uniforme. Me imagino que las piadosas criadas susurraron una sincera plegaria a María Santísima de Guadalupe cuando llegamos a la ansiada puerta entornada.

"A poco de irse usted —me dijo Gramm— llegó un joven norteamericano en auto de la Embajada con instrucciones para llevarse a las jóvenes señoritas. Tuvimos que despertarlas y, naturalmente, se mostraron indecisas, pero él más bien se portó con brusquedad, y dijo: 'Lo que quiero saber es si vienen ustedes o no.' Y ellas decidieron quedarse." Yo comprendo que el joven estaba haciendo un trabajo excelente sacando a mujeres de la zona de peligro con no pequeño riesgo para él mismo, pues su auto había recibido varios tiros.

Alguien consiguió hacerse con el *Herald* esta mañana, y pudimos formarnos un poco mejor idea de "dónde" estamos. Rara vez logramos hacernos con más de un ejemplar para toda la privada. Dos mujeres norteamericanas murieron ayer cerca de aquí por la explosión de una granada, pero la mayor parte de los norteamericanos están concentrados en la Embajada. Los embajadores extranjeros han apelado a Madero y a Díaz para con-

certar un arreglo, pero los dos esperan la victoria y cada uno echa la culpa del bombardeo al otro, y sospecho que seguirán discutiendo así hasta que haya pasado bastante tiempo. Los mejores blancos los hicieron los rebeldes. Los federales lo atribuyen a que se apoderaron en la Ciudadela de todos los instrumentos para graduar el tiro; pero la razón más probable es que los mejores artilleros están con los rebeldes. Según el periódico, recibieron balazos muchos edificios y murieron personas en toda la ciudad, y empezamos a creer que estamos en uno de los lugares más seguros de ella.

El tiroteo empezó, como de costumbre, poco después de las siete de la mañana. Apenas acababa de comenzar, apareció al otro lado de la calle una de las muchachitas de la privada que había salido a comprar provisiones. La observamos con ansiedad, pero llegó corriendo a la puerta, sana y salva.

El mismo tableteo monótono de las ametralladoras y los rifles, roto de vez en cuando por el estampido de un cañón o de una granada *shrapnel*, o el *pom-pom-pom* de los Hotchkiss, estuvieron machacando nuestros oídos todo el día, pero ya no nos preocupamos por el ruido. Nuestro interés principal es ahora la escasez de agua, carbón de leña, leche y otros productos del campo.

Hay soldados en muchas azoteas, quizá también en la nuestra, no sabemos de cuál de las partes; sin embargo, ahora nos arriesgamos despreocupadamente a salir a la privada y aun acercarnos a la puerta para dar un vistazo de vez en cuando a los daños cada vez mayores que está sufriendo la Y.M.C.A. Hoy tuvimos que ir a una de las casas abandonadas para recoger el agua que quedaba en las cañerías y las tinas.

La opinión en la privada es arrolladoramente felicista. Los maderistas son muy pocos. Pero ninguno de nosotros está muy partidario.

Esta noche es tan tranquila como de costumbre. Pero a raros intervalos oímos disparos, por lo general lejanos, alguna vez cercanos. Mademoiselle Laferté entró con expresión triste y dijo: "Acababa de salir al balcón a escuchar el silencio y mirar la luna creciente, cuando oí el quién vive en la calle, y después un tiro, y pude oír unos gemidos patéticos que se extinguieron lentamente. *C'est terrible.*"

*Viernes 14 de febrero.* Día del buen Santo. Me alegro de haber enviado mis tarjetas de felicitación a los Estados Unidos antes de que hubiera empezado este enredo. Se sorprenderán de recibirlas, porque este golpe estará haciendo furor en los periódicos de aquel país.

Hoy fue un día emocionante. Lo primero fue que las criadas tenían tanto miedo de ir al mercado, que la noche pasada Gramm y Trent acce-

dieron a acompañarme. Esta mañana, cuando los desperté al amanecer, se inclinaban a desdecirse, pero al fin se vistieron y echaron a andar. ¡Debíamos ser un buen espectáculo! Rompía la marcha la elevada figura de Gramm con una funda de almohada atada al larguero de bambú de una cortina y una cesta de la compra, mientras Trent y yo íbamos detrás cada uno con una canasta. Llenamos una cesta con pan duro de varios días, el único que podía conseguirse, y encargamos a Gramm que volviera con ella a casa. Él, que no hablaba español y no sabía nada de los mercados de México, se volvió sin hacerse rogar mucho. Había muchas personas haciendo sus compras pre-bélicas, y el grandulón de Gramm con su bandera blanca y su cesta de pan viejo no divirtió poco a los peones y los soldados.

Dentro de las líneas federales son pocas las tiendas que están abiertas, y esas pocas con las puertas entornadas, dispuestas a cerrar a la primera alarma. En el oscuro interior el tendero y el dependiente trabajan con una prisa febril despachando arroz, frijoles, azúcar, té, una docena de paquetes de cigarrillos para este amigo sitiado, un par de botellas de coñac para otra víctima, corriendo a la trastienda en busca de una mercancía poco corriente, o subiendo a lo alto de los anaqueles en busca de alguna otra cosa, disculpándose profusamente por no tener tal o cual cosa y proponiendo algo para sustituirla, y todo con la innata cortesía mexicana. Porque el tendero corriente, en particular en las pequeñas poblaciones, maneja todas y exactamente las mismas cosas que su vecino: comestibles, cigarrillos, licores, algunas veces lencería y ferretería.

Cuando Trent y yo hubimos conseguido nuestras provisiones, empezamos una busca tan rápida como infructuosa de un puesto de carbón de leña. La busca nos llevó hasta la calle Dolores, donde los puestos avanzados federales nos informaron que si nos arriesgábamos a seguir quizá no pudiéramos regresar. Volví atrás y no tardé en encontrarme en la esquina de Victoria y la calle Ancha, donde me llamó la atención un espectáculo poco habitual. Me acerqué por curiosidad y tropecé con un oficial mexicano de artillería. Estaba sentado en la cureña de un cañón de campaña fumando despreocupadamente el ubicuo cigarrillo y apuntando el cañón al piso superior de la Y.M.C.A. a simple vista, a pocas cuadras de distancia. No pareció molestarse en lo más mínimo, pero su actitud despreocupada trastornó nuestra ecuanimidad. “Buenas noches —dijo Trent—. ¡Vámonos!” En realidad ya se iba acercando el momento habitual del comienzo de las hostilidades, y como se había desvanecido toda esperanza de encontrar carbón, nos apresuramos a regresar.

En la esquina de Nuevo México y Revillagigedo los soldados maderistas que había allí miraron nuestras cestas con ojos tan hambrientos, que me



detuve, obligado por la conciencia, pues mis simpatías estaban, naturalmente, de su lado. Trent me lanzó una mirada despectiva y se escabulló. “¿Dónde está tu capitán?”, pregunté al soldado más cercano. “Allí, señor”, dijo señalando a un joven de cara macilenta y agradable que sólo se distinguía de los demás por las insignias. Lo saludé: “¿Se han desayunado sus soldados?”, le pregunté, porque sabía que el comisario brillaba por su ausencia. “No, señor”, contestó con triste sonrisa. “Entonces haga el favor de aceptar este peso para comprarles alguna comida.” Llamó a un soldado, rehusando tomar la moneda por sí mismo, y lo mandó a una tienda próxima. Con un farisaico sentimiento de rectitud, volví la peligrosa esquina de Balderas y seguí hasta casa.

Gramm me llamó aparte y dijo: “Oye, hubo un poco de circo cuando volvió esta mañana el pequeño Trent. Dio un salto de diez pasos y revolaron en el aire las faldetas de su chaqueta cuando entró por la puerta, y así que recobró el aliento dijo sofocado: ‘¡Ese... ese individuo, es el tonto más tonto que he conocido nunca!’ ‘¿Quién?’ —le pregunté—. ‘¡Ese tipo que comparte mi habitación!’ —me dijo—. Estaba tan asustado que hasta olvidó tu nombre. ‘No volveré a salir nunca con él’ —dijo.”

El *Herald*, que aún sigue publicándose, a pesar de que han dejado de salir la mayor parte de los periódicos en español, dice que ayer fue el día de lucha más dura, y que sufrieron daños el Club Norteamericano y otros edificios.

Diversos incidentes, además del mercado, sirvieron para romper la monotonía del incesante fuego que otra vez hemos sufrido durante todo el día. Somos el grupo más despabilado de la privada e indefectiblemente vencemos a los demás. Como el carbón escasea desesperadamente, salimos a la caza de un substitutivo y nos apropiamos unas cuantas tablas que estaban en el patio para una obra no terminada de hormigón. Creo que con ellas podremos cocer nuestro arroz y nuestros frijoles. También estamos reducidos a sacar agua de los sótanos, inundados hace poco, para los servicios sanitarios, y nos apropiamos toda la que quedaba en un pequeño depósito del patio para usos culinarios.

Acababa Trent de empezar a recobrase del susto de la mañana y se disponía a afeitarse hacia mediodía en mi habitación, y yo, que no había hecho más que entrar del balcón, estaba sentado escribiendo en mi mesa cerca de la ventana, cuando se oyó un estampido espantoso y una nube de polvo cayó en el balcón que yo acababa de dejar. Trent dio un salto de un metro y de un puntapié vertió su cubo de agua por el suelo. “¿Qué ha pasado ahora, en nombre de los nueve dioses?” —preguntó—. Una somera inspección no descubrió más que una maceta rota y un barrote arran-

cado de la reja del balcón; pero una busca más detenida reveló el casco de un *shrapnel*, todavía caliente. Evidentemente, había explotado en el aire y caído el casco vacío. ¡Suerte que no cayó un minuto antes! Mide dieciséis centímetros de largo por siete de diámetro y pesa cuatro libras. Trent dejó con disgusto su navaja de afeitar. “¡Demonio, no voy afeitarme más hasta que se acabe!” Hasta ahora se había guardado su juramento.

Otra granada, pequeña, probablemente de un cañón Hotchkiss, dio hoy en una de las habitaciones del tercer piso, pero afortunadamente no explotó. No parece haber caído nada más en la privada, salvo delante de la puerta.

A primera hora de la tarde nos sorprendió un soldado que se encaramó en lo alto de la puerta. Naturalmente, era un felicista, o no hubiera nunca podido llegar hasta aquí. El pobre hombre estaba muy asustado. “Los maderistas están ganando en todos sitios —dijo— y nuestra parte se está desmoralizando.” Gran pesar manifestó ante estas noticias la mayoría de nuestro grupo, aunque los pocos maderistas experimentaron un sentimiento interior de gratitud. Se hizo pasar al soldado y se le ofreció un poco de comida, que el pobre hombre comió vorazmente. Después se le dio un traje de paisano y se escondió su uniforme debajo de un montón de tablas. Poco después aparecieron en la puerta tres soldados con una ametralladora desmontada al hombro y pidieron que se les dejara entrar. Nos miramos consternados unos a otros, mientras el pobre desertor buscaba un lugar escondido en una de las casas.

“Créame —dijo Gramm al fin—, haré todo lo que me pida un soldado con una ametralladora”, y abrió la puerta. “Señores —preguntaron los soldados inmediatamente—, ¿no entró aquí hace un momento un soldado?” Pasaron ante nuestros ojos escenas del descubrimiento de un uniforme abandonado, de la cárcel de Belén y de un pelotón de fusilamientos, cuando apareció el soldado, que había reconocido las voces de sus compañeros. Le aseguraron que no había ningún peligro inmediato, y con esto se retiró para ponerse otra vez el uniforme, mientras los otros bebían a nuestra salud y por el triunfo de la rebelión en una copa de coñac de una de nuestras despensas. Correspondieron regalándonos cápsulas de cartuchos de fusil Máuser, de los que parecían tener abastecimiento ilimitado. Nosotros les hubiéramos dicho “¡Adiós!” de muy buena gana, pero ellos prefirieron subir su ametralladora Maxim a nuestra azotea, donde nos perturbó la tranquilidad de la tarde con su insistente tableteo.

“¿De qué regimiento sois?”, preguntamos a uno de los soldados. “Del dieciséis” —contestó—. Parte de él estamos con Díaz, y parte con Madero. “Es una división curiosa”, observó alguien, pero el soldado se encogió de

hombros elocuentemente. "Pues, señor, nos mandan disparar, y disparamos." Pero poco interés tienen estos pobres sujetos en la lucha, ni en pro ni en contra. Hacen lo que les mandan los oficiales, lo cual en general está dictado por consideraciones de provecho personal más que por un principio de conciencia.

Otra vez silencio de muerte durante la noche.

*Sábado 15 de febrero.* ¡El día más emocionante para mí! El desprecio del peligro debido a la familiaridad con él me puso en un aprieto esta mañana. Ésta es una guerra extraordinaria. Hace una semana que luchan y ninguna de las dos partes consiguió ninguna ventaja. En una esquina quizá hay ametralladoras rebeldes montadas en la calle, y exactamente a la vuelta de la esquina, en la calle próxima, un cañón federal. Y, sin embargo, durante las primeras horas de la mañana los habitantes de este sector harán sus compras en tiendas situadas entre las dos líneas.

Esta mañana fui solo al mercado, indiferente al peligro. Anduve tres lados de la manzana para ir a una tiendecita, porque el camino más corto me llevó más allá de la Y.M.C.A. y de una barricada rebelde con una ametralladora. Al volver la esquina me encontré con que los maderistas se habían retirado una cuadra y estaban ahora agrupados en torno de una ametralladora muy mala en la esquina de Nuevo México y Calle Ancha apuntada hacia mí. Volví la segunda esquina y llegué a la tienda, que, como de costumbre, estaba medio a oscuras, los escaparates con las persianas echadas y la puerta se abría sólo cuando alguien llamaba; pero adentro había el abigarramiento usual de figuras temblorosas que metían prisa para que se les despachase. Predominaba el "¡Por el amor de Dios!" con algún que otro "¡Por Dios santo, hombre, dese prisa!", más violento.

"¡Mire, señor! —dijo el tendero desnudando un brazo que mostraba una cortada de mal aspecto—. Esto es lo que me dio un capitán maderista por no tener cerrada la tienda. ¡Caramba!" Evidentemente, los federales están tomando medidas para impedir que lleguen provisiones a los rebeldes. Pero el tendero estaba ansioso de hacer negocio y servía a los parroquianos con toda la prontitud posible. Y hay que decir en favor de los tenderos mexicanos que son pocos los que aprovechan la situación para subir los precios.

Al terminar yo mi compra sonó fuera un tiro, y después otro, y después el tableteo de una ametralladora, y la batalla empezó de nuevo. Esta mañana había empezado un poco antes de lo acostumbrado. "¡Vaya un lío!" me dije. "Y ahora, ¿qué haremos?" Entre oraciones, exclamaciones y juramentos, los parroquianos mexicanos desaparecían en sus cercanas casas y

cerraban las puertas. Quedé solo. “¿Se irá o se quedará aquí, señor?”, me preguntó el dependiente, ansioso por cerrar. Eché una mirada al exterior: ni un alma a la vista, sólo el *pop, pop, pop* de rifles invisibles. Aborrecía pasarme todo el día en aquella obscura tienda con provisiones que necesitaban personas que estarían preocupadas por mí, pero aún quería mucho menos recibir en el cuerpo una bala de plomo forrada de acero. Estaba casi detrás del fondo cerrado de la privada y a distancia para hacerme oír desde mi casa, pero el único medio de comunicación era por la azotea, precisamente el sitio más peligroso. De pronto la puerta se cerró de golpe a mi espalda. Ya no había alternativa.

El camino más corto alrededor de la manzana no me atraía, porque tendría que avanzar hacia una barricada con dos fusiles que protegía la Y.M.C.A., y me apresuré hacia la otra esquina, con una cesta en cada brazo. En una manzana a la derecha estaba la ametralladora federal dominando la calle que yo tenía que atravesar. Podía verla claramente, con sus servidores preparados, pero silenciosa hasta entonces. Dejé por un momento una cesta en el suelo y tremolé hacia ellos un pañuelo blanco como señal de neutralidad. Y aún se oían los estampidos ininterrumpidos de los rifles invisibles. No es tan malo cuando uno ve a un soldado con un fusil, porque tiene la buena oportunidad de meterse en el quicio de una puerta; lo que es decididamente desconcertante es oír y no ver, pero imaginarse que lo ven a uno. De cualquier modo, recorrí la manzana intermedia en un tiempo *record* y llegué al cruce de las dos calles dominadas por ametralladoras sin que la maderista disparase ni un tiro.

Pero aún faltaba lo peor, porque aquella esquina estaba siempre estrechamente vigilada desde la Y.M.C.A. Volví a dejar nerviosamente una cesta en el suelo y a enarbolar el pañuelo hacia la cornisa señalada por las balas, medio esperando recibir una bala de Máuser o una granada de Hotchkiss, pero como no hubo respuesta recogí la cesta, volví la esquina y llegué sano y salvo a la puerta. Los soldados rebeldes de la Y.M.C.A. estaban claramente visibles, pero, como los maderistas, no hicieron ningún movimiento hostil. El edificio había recibido gran número de tiros en los últimos días, siempre en el piso más alto. Pero cuando llegué a la puerta, la encontré cerrada y no había ni un alma a la vista. Llamé a gritos: “¡Portero, la llave!” No tuve que repetirlo, porque llegó inmediatamente y me abrió. La pobre señora Massey estaba casi histérica y juró que yo no volvería a salir más. Ahora que pienso en ello, seguramente fue una situación difícil, pero siempre se asusta uno más después.

Alguien vio esta mañana a un vendedor de periódicos con un pequeño paquete de ellos, de una sola hoja. “¿Hay *Herald*?”, le preguntó, porque

preferíamos el periódico norteamericano a los escritos en español. "Pues, señor —replicó—, hora no hay más que el *Herald*." El único periódico mexicano dejó de publicarse ayer y hoy el *Herald* es el único que salió. ¡Bravo por la perseverancia norteamericana! Dice que De la Barra inició un plan para la paz. "¡Ya era hora!" gruñó Gramm. La casa de Madero fue destruida ayer por las granadas, indudablemente incendiarias.

Mi experiencia de la mañana ya era bastante para un día, y no ocurrió ninguna otra cosa importante. Persistió durante todo el día el mismo tableteo eterno, los mismos estampidos y el mismo estruendo. *Quousque tandem!* Las mujeres empiezan a resentirse de la constante tensión. La noche tranquila, como de costumbre.

*Domingo 16 de febrero.* ¡Un variado surtido de experiencias iban a acumularse en un breve día! Por un momento pareció que esto iba a terminar, después de una semana dura.

Salí esta mañana, como de costumbre, más temprano para no correr más riesgos y volver antes de que empezase la gresca, esperada como de costumbre. Pero cuando sonaron las nueve sin que un disparo rompiese el silencio, nos aventuramos a salir y, finalmente, a acercarnos a la Y.M.C.A., donde nos dijeron que se había concertado una tregua de veinticuatro horas. Hasta ahora prácticamente no hay nadie en las calles, porque probablemente lo prohíben las avanzadas federales. No tardó en aparecer en escena Heims, que es uno de esos sujetos que siempre van a donde quieren a pesar de todas las disposiciones. Nos encaminamos a la Y.M.C.A. y en una ventana baja llamamos a un soldado: "Oiga, señor, véndanos un par de granadas, ¿eh?" Desapareció y volvió a los pocos momentos con dos granadas *shrapnel* que tenían huellas de haber atravesado una pared. Le dimos medio peso y una cajetilla de cigarrillos de propina, porque los soldados no tienen ocasión de conseguir estos lujos. Debe haber en el edificio muchas más granadas, porque el último piso está muy dañado por esta semana de fuego.

También está bastante dañada la Avenida Balderas, que muestra señales de las granadas y las balas que ahuyentaron el tráfico. Nos llenamos los bolsillos de balas y fragmentos de granadas que cubrían las calles. Heims consiguió otro bello recuerdo. Antes de haber sido fortificada la Y.M.C.A., los ocupantes colgaron de las ventanas una bandera inglesa, otra francesa y otra alemana, para manifestar la neutralidad y el carácter internacional de la institución. Las banderas francesa e inglesa aún ondean triunfalmente sobre la batalla, pero la bandera alemana fue arrancada de su asta. Heims

lo observó dando un grito: "¡Buen recuerdo para un alemán!" gritó, y se la guardó.

Muy poco después las calles se llenaron de gente. Muchas personas tomaban fotografías, y todas recogían recuerdos y se alegraban de la terminación de las hostilidades.. El hijo mayor de la señora Massey fue uno de los primeros en llegar; había venido de Pachuca hacía unos días, pero no había tenido ocasión de llegar aquí hasta esta mañana. Las señoritas jóvenes se rindieron a las súplicas de sus amigos y decidieron irse a la Embajada hasta estar seguras de la terminación de los desórdenes. También nosotros recibimos avisos oficiosos de que el embajador declinaría toda responsabilidad en cuanto a nuestra seguridad si persistíamos en permanecer en nuestro alojamiento. No obstante, decidimos quedarnos.

Luego nos incorporamos a la multitud, ahora enorme, que llenaba las calles, pero las guardias nos impidieron acercarnos a la Ciudadela. Por vez primera al cabo de una semana pudimos pasear libremente por la ciudad. Por todas partes hay huellas de la lucha, aunque Balderas muestra el mayor daño. Aquí están caídos todos los postes de la luz eléctrica, la mayor parte de los postes del trolley tienen agujeros hechos por las balas y están torcidos por el peso de los cables rotos que obstruyen la calle por todos lados. Prácticamente están rotos todos los cables que cruzan la calle y difícilmente habrá una casa que no muestre las señales de golpes de soslayo en la fachada. El Consulado de los Estados Unidos y las casas contiguas fueron particularmente dañados.

Hacia el centro de la ciudad los daños son menores, pero aún evidentes. El edificio de la Mutualista, el Club Norteamericano, el Jardín Hotel, el edificio de la Compañía de Cablegramas y otros muchos están tocados. Al Palacio aún está prohibido el paso.

Quise recoger mi correspondencia en el Museo Nacional, pero como éste está en la misma cuadra que el Palacio, me lo impidieron. "¡No hay paso!", fue la obstinada réplica a todas mis súplicas. Después pregunté por el oficial en servicio, y me señalaron un joven soldado de buen aspecto. También se mostró obstinado al principio, pero accedió cuando le dije: "Mande un soldado conmigo, señor, para que vea que no tiro bombas." Sonrió y accedió. Una carta de la familia dice que están tranquilos porque saben que no estoy cerca de la zona de peligro. ¡Qué feliz es la ignorancia!

Escenas horribles hieren los ojos en cada manzana del sector de la lucha. Constantemente encuentra uno en las aceras o en mitad de la calle masas carbonizadas de forma humana, cadáveres que no fue posible retirar de la línea de fuego y que, en consecuencia, fueron quemados donde estaban, con petróleo. Algunos fueron quemados en montones de basura no

recogida. Esta mañana fueron arrastrados dos cadáveres nuevos hasta las llamas de un escape de gas. También están siendo quemados sobre pilas de basura los caballos muertos en la Avenida Juárez, enfrente de la Alameda, el lugar más bello de la ciudad. No hubo, naturalmente, recogida de basura, la cual, por lo tanto, se sacaba de noche de las casas y se arrojaba en la calle.

Numerosos autos "neutrales" y de hospitales recorren la ciudad, sin preocuparse por las disposiciones sobre velocidad.

Al regresar decidimos aprovisionar nuestra fortaleza contra un sitio indefinido. La cuestión del agua fue la que primero atrajo nuestra atención. Tomamos todos los recipientes portátiles de la casa y no dejamos de acarrear agua del gran depósito de una casa vecina desocupada hasta que no estuvieron llenas todas las vasijas. Después de la comida empezamos a constituir una reserva de provisiones contra cualquier eventualidad, y Gramm, Trent, Edward y yo salimos cada uno con una cesta al brazo abriéndonos camino a través de la multitud hasta un gran almacén que está al otro lado de la Alameda.

Habíamos comprado arroz, frijoles, chocolate, café, pan y todos los artículos concebibles, y nos disponíamos a regresar, cuando sonó un tiro e instantáneamente estalló una batahola más furiosa que nunca. Nos miramos unos a otros con amarga sonrisa, demasiado desconcertados para pronunciar una palabra, recogimos en silencio nuestras cestas y salimos. ¡Otra vez se había desatado el cañoneo! No podía haber ninguna duda; la tregua había sido violada y volvían a luchar con más fiereza que nunca. Con el ánimo abatido, empezamos a vagabundear por la ciudad. Después de deliberar un momento renunciamos unánimemente a la idea de volver a casa. Estábamos detrás de las líneas federales más avanzadas y hubiéramos tenido que abrirnos paso por en medio de aquel caos rugiente. ¡Aquello no era posible! Recorrimos las calles ahora casi desiertas hasta la oficina de Trent, donde nos admitió el asustado conserje.

Pasamos la tarde leyendo y asomándonos de vez en cuando al balcón, sobre la calle habitualmente muy concurrida y ahora absolutamente desierta. No hay ni un alma a la vista en esta calle, principal centro de negocios de la ciudad; pero de la dirección de nuestra lejana casa llega el incesante tableteo de las armas, y de vez en cuando el silbido de una bala sobre la cabeza, o el agudo y musical *ping* de una que daba contra un poste de hierro, recordándonos que aún no estábamos fuera de su alcance. "El terrible retumbar, y el tableteo y el estruendo, anunciando que la batalla ha empezado de nuevo", citó Gramm, cuyo irreprimible ánimo empieza a volver a él. La claraboya está rota en varios sitios.

Ha llegado la noche y el fuego ha disminuido, pero no ha cesado por completo, como de costumbre. De vez en cuando la intensificación del fuego nos advierte que no sería prudente regresar a casa. Dormiremos aquí y lo intentaremos mañana por la mañana.

*Lunes 17 de febrero. Tacuba.* Una nueva dirección, un poco más tranquila que la anterior.

Gramm y yo nos levantamos esta mañana antes de que amaneciese, nos colgamos del brazo nuestras cestas de provisiones y salimos. Pero dudo que el fuego haya cesado en toda la noche pasada; como quiera que sea, las balas ya estaban volando alegremente antes de que amaneciera. No obstante, caminamos hasta las guardias federales más avanzadas. Estaba amaneciendo por el Este, relucía brillantemente la estrella de la mañana, todo era hermoso arriba. Tiritábamos con el frío de la mañana y escuchábamos el constante tableteo y los estampidos que venían de la Ciudadela. Nos repugnaba admitir la derrota, pero Gramm lo expresó correctamente: "No hay esperanza." Regresamos lentamente y contamos nuestro fracaso a Trent.

Hasta las primeras horas de la tarde nos quedamos en la ciudad, leyendo o mirando por el balcón. Las calles estaban desiertas y prácticamente todas las tiendas estaban cerradas, con excepción de algunas farmacias. Un grupo de hombres, principalmente norteamericanos, estaba reunido en el edificio de la Compañía Cablegráfica, pero las calles, aun éstas alejadas de la zona de fuego, eran demasiado peligrosas para que resultasen agradables.

Hacia las dos decidí poner en práctica una plan muy meditado. "Estoy cansado de esperar sin hacer nada —anuncié—. Voy a ir andando hasta Tacuba a ver a un amigo." Y sin dilación tomé la hermosa calzada de No-noalco. Resultó sorprendente lo pronto que se perdieron a mi espalda todos los ruidos de la guerra a muerte. Grupos de peones estaban ejecutando alegremente sus tareas habituales, completamente olvidados de los desórdenes, que evidentemente les interesaban poco. Sólo la ausencia de tráfico daba indicios de algo desacostumbrado.

En Tacuba, un suburbio a unos seis kilómetros del centro de la ciudad, encontré a mi amigo Gamio encargado de un hospital de voluntarios que se había establecido allí. Instalaron unas treinta camas en una sala larga, y están ocupadas por víctimas de las maléficas balas. Enfermeras voluntarias, en las personas de bellas señoritas, les prestaban tiernos cuidados. "Manuel —dije en tono de envidia—, ¿no podríamos arreglárnoslas para quedarme aquí como herido?" —"Podemos tomarte como agregado", dijo



él. "Esto le calificaría a usted muy poco", replicó una de las enfermeras; porque, aunque parezca extraño, la mayor parte de las conversaciones se llevan aquí en inglés, aunque, aparte de yo mismo, no hay más que otro extranjero. Pero varias de las enfermeras estudiaron medicina en los Estados Unidos, y además, prácticamente, todos los mexicanos cultos hablan francés e inglés.

Ridículos y mezquinos celos, calamidad de la América Latina, impiden la plena eficacia del personal de los hospitales. Hay tres de estas organizaciones, la Cruz Roja, la Cruz Azul y la Cruz Neutral. Esta rama está conectada con la Cruz Azul, de suerte que las otras organizaciones se niegan a enviar aquí a ninguno de sus heridos, aunque sus hospitales de la ciudad están espantosamente sobrecargados. Prácticamente, la opinión aquí es unánimemente felicista; se dice que Madero ha perdido el sentido, bajo esta tensión, y que está vacilante, unas veces accediendo a dimitir, y otras decidido a resistir hasta el fin, por amargo que sea. ¡Pobre chaparrito!

Aquí parece extraño e inquietantemente tranquilo, después del tumulto de la ciudad, y no estoy seguro, pero preferiría volver a encontrarme entre las balas. Hoy no hubo *Herald*. Entiendo que al fin fue sometido a censura. Todos los periódicos en español dejaron de salir o fueron suspendidos, pero los yanquis se mantuvieron firmes en la tarea hasta que se les obligó a callarse.

Hoy recorrieron la ciudad repartidores distribuyendo volantes, que resultaron ser una declaración del gobierno explicando la ruptura de la tregua ayer. Naturalmente, echa la culpa a los rebeldes, y afirma que éstos violaron la tregua instalando sus ametralladoras en la esquina de Balderas y Victoria, precisamente a la vuelta de nuestra esquina. Hay en esto, indudablemente, alguna verdad, porque recuerdo haber advertido con sorpresa sólo una ametralladora detrás de la barricada, donde había habido dos toda la semana y estaban allí por la mañana temprano, si la memoria me sirve correctamente. También tengo la impresión de que la ametralladora que falta fue vuelta a su sitio poco antes de romperse la tregua. Pero esto en general se considera como un subterfugio; la opinión pública culpa a los federales. Los rebeldes alegan que los soldados maderistas habían avanzado a hurtadillas durante la tregua. Pero el rumor que goza de más crédito es que se vio a los soldados federales excavando en una alcantarilla con la intención manifiesta de llegar hasta debajo de la Ciudadela para volarla con una mina. Probablemente las dos partes hicieron todos los preparativos secretos que creyeron que les darían la victoria, pero posiblemente sin autorización definitiva de sus mandos.

*Martes 18 de febrero. Tacuba.* ¡Por fin todo ha terminado! Nadie manifiesta pesar y pocos querrían que el resultado fuese otro. ¡Viva Díaz!

Después de pasar aquí un par de horas esta mañana, empezó a hastiarme la falta de la excitación acostumbrada. Aquí no se oye el menor ruido de la batalla, y por todo lo que sabemos quizá haya terminado. Me interesaba demasiado el destino de mis pertenencias y de mis amigos para sentirme contento en los suburbios, así que a media mañana decidí volver a la ciudad. Cuando estaba a medio camino el viento trajo a mis oídos el fragor de las armas, y era evidente que la batalla continuaba.

Encontré a Gramm, Trent y Heims en sus lugares acostumbrados y pasé la mayor parte del día con ellos, pero el sector de los negocios estaba absolutamente desierto y triste. De vez en cuando silbaban en el aire las balas y de la dirección de la Ciudadela llegaba el ruido de las armas. Boletines publicados indudablemente bajo la censura del gobierno hablaban de triunfos federales y aseguraban que los rebeldes se estaban comiendo sus caballos en la Ciudadela. ¡Quién sabe!

Hacia las dos de la tarde, mientras estábamos en el balcón mirando a un lado y otro de la calle desierta, un cuerpo de cadetes de Chapultepec con su raro uniforme salió silenciosamente por la esquina más próxima y se paró delante del restaurante Gambrinus, en el que entraron sus oficiales. Permanecieron en guardia todo el tiempo que les estuvimos mirando. Entonces nos preguntábamos de qué podría tratarse, pero ahora comprendo que era un escuadrón a las órdenes del general Huerta y que había venido a detener a Gustavo Madero, hermano del presidente. En aquel momento no era de conocimiento general el golpe que había tenido lugar en el cercano Palacio.

“Esta mañana temprano —dijo Gramm—, Trent y yo tratamos de llevar otra vez provisiones a la casa sitiada. Cuando llegamos a las inmediaciones vimos que los maderistas habían abierto un hoyo desde la calle de Nuevo México. ¡Caramba! Pero era un hoyo oscuro. Nos dejaron pasar, pero algunos de aquellos tipos medio muertos de hambre trataron de robar de las cestas la comida mientras pasábamos, pero se lo impidieron los oficiales. La privada está vacía, no hay allí ni un alma. No tengo ni idea de lo que fue de la gente. Entonces dimos la comida a los soldados y regresamos.”

Me temo que todas nuestras pertenencias hayan sido miserablemente robadas cuando volvamos. Es gran lástima que los maderistas no hayan empezado antes las operaciones de zapa en vez de recurrir a la artillería y la caballería, inútiles en una gran ciudad.

A media tarde pensé que no habría hoy aquí más acontecimientos, ya

que el fuego era tan vivo como siempre, y me volví andando a Tacuba. Cuando llegué me acosaron a preguntas: "¿Es verdad que han detenido a Madero?" Yo dije que no sabía nada, pero el rumor no cedía. A cada momento llegaban más noticias confirmatorias, hasta que al fin nos unimos a la jubilosa muchedumbre en al pequeña plaza. Varios automóviles jadeantes, procedentes de la ciudad, fueron rodeados y detenidos por la presión de la multitud, y no se les permitió seguir hasta que no aportaron su testimonio. "Sí —afirmaron—, Huerta ha hecho prisionero a Madero, el fuego ha cesado, las campanas de la Catedral y de todas las otras iglesias están repicando su alegría y la ciudad está llena de muchedumbres jubilosas." La pequeña población se entregó al mayor entusiasmo. Todos los pensamientos eran en honor del vencedor, y ni uno solo de simpatía por el vencido. Pero este mismo pueblo hace menos de dos años dio a Madero, cuando entró en la ciudad de México, el recibimiento más entusiasta que se le haya hecho nunca a un jefe victorioso.

*Miércoles 19 de febrero. Ciudad de México.* ¡Otra vez a casa! Esta mañana me levanté temprano y me encaminé a la ciudad. Era una mañana clara y hermosa, algo más fría que de costumbre y el rocío cubre la hierba como escarcha blanca, cosa bastante rara aquí, según creo. Era grato ver a los naturales del país caminando de nuevo hacia la ciudad con sus productos agrícolas y no oír el tableteo *staccato* de las ametralladoras. Pero era cierto que algunas casas de nuestra vecindad habían sido incendiadas, y temí encontrar todos mis papeles y pertenencias convertidos en un montón de basura.

Al acercarme a las inmediaciones vi que los daños eran mucho mayores que cuando salimos de allí para nuestra excursión de compras. También era cierto que los ocupantes de la privada se habían visto obligados a abandonarla, porque el tiroteo de los últimos días debió haber sido indescriptiblemente feroz, como lo evidenciaba la destrucción que había causado. Al otro lado de la Avenida Balderas la pared del garaje que hay allí parece una criba, pues difícilmente se encontrará un palmo cuadrado sin la señal de un balazo. La pequeña y bella casita que está enfrente de la Y.M.C.A. es una ruina, la obra de sillería destrozada, los ladrillos pulverizados y todas las ventanas hechas astillas. En la esquina más próxima a nuestra casa, diagonalmente enfrente de la Y.M.C.A., el edificio está deshecho, todo el interior destruido por las llamas y humeante aún.

En la esquina de Nuevo México el edificio de la *Nueva Era*, principal órgano maderista, está quemado hasta el suelo, y los bomberos aún trabajan entre las llamas. Pero estos daños no fueron un accidente de la

guerra, porque el edificio resistió bien el tiroteo, salvo los numerosos hoyos hechos por las balas. Pero la noche pasada, cuando se recibieron noticias de la caída de Madero, el pueblo mexicano, a quien él quiso dar los derechos y deberes de la ciudadanía, demostró su capacidad incendiando este periódico, el más leal de los suyos, e impidiendo que nadie se acercara al fuego hasta que fuera inatajable.

El edificio de la Y.M.C.A. está mucho más dañado que cuando me fui. Deben haber entrado y hecho explosión innumerables granadas en el último piso, porque parece estar lamentablemente destruido. La cornisa de metal está desprendida y amenaza con caer, y todo el costado norte está lleno de hoyos hechos por balas de rifle, y todas las esquinas despostilladas. Pero es un triunfo de la construcción de hormigón, porque, aunque la parte alta está acribillada en muchos sitios por granadas que explotaron dentro, no se ve ni una grieta, ni ninguna pared combada ni caído ningún trozo de hormigón. Las granadas no hicieron más que abrir pequeños hoyos. Pero aún está prohibido el acceso a este edificio y a la Ciudadela.

La calle misma es un revoltijo de postes rotos o torcidos, el suelo cubierto de cables y alambres, las casas todas dañadas y escombros por todas partes. Han sido recogidas todas las balas y todos los trozos de granada, porque las calles están llenas de gente. Yo me había propuesto recoger todos los recuerdos así que la corneta tocase el "cese el fuego", pero como no estuve allí en ese momento, mi plan fracasó.

En medio de esta escena de destrucción, entre los dos edificios incendiados y contigua a uno de ellos, nuestra privada parece absolutamente intacta. Una granada dio en la cornisa de la entrada y esparció trozos de piedra, pero en el interior todo está indemne. Me abrió el lloroso portero y me apresuré a entrar en nuestra casa. Fui el primero en llegar. ¡No había sido tocado nada! Es agradable ver las calles llenas de gente y oír el ruido de pasos otra vez, en lugar del estampido de las *shrapnel*

Llegaron poco después la señora Massey y su hijo, que se alegraron mucho de ver su casa intacta, y no tardamos en estar reunidos todos. La experiencia por la que había pasado la señora Massey había sido intensa. "El fuego del domingo y del lunes fue terrible —dijo—, pero no nos produjo daños. Pero el lunes por la noche nos despertó el resplandor de los edificios incendiados al extremo de la privada, y después llegó un oficial que nos dijo que debíamos irnos inmediatamente. Tenían una ametralladora en la privada, y eso, unido a los incendios, era algo espantoso. Los soldados habían visto al sobrinito del portero hablar con un soldado rebelde, y lo arrimaron a una pared y lo fusilaron. Le dije al oficial que yo era norteamericana, porque lo había sido mi marido. Ésta es la llave de mi

casa, úsela si usted quiere, pero yo siempre he sido maderista. El oficial sonrió y prometió proteger la casa. Después nos sacó por un agujero que habían excavado desde la calle. Yo fui la primera, ¡pero fue espantoso! Tuvi- mos que saltar por encima de varias zanjas, y por fin llegamos a la calle donde nos dijo que nos dispersáramos. Yo me fui a casa de unos amigos.”

Las tropas saquearon la casa del portero, pero parece que no se lle- varon nada de las otras. Es probable que las dos partes hayan recibido instrucciones estrictas de respetar las vidas y propiedades de los extran- jeros para evitar complicaciones internacionales.

Creo que la casa de la esquina indudablemente fue incendiada por los felicistas para evitar que la ocuparan los federales, porque desde esa po- sición ventajosa una carga rápida habría tomado la Y.M.C.A.

Han salido otra vez el *Herald* y los periódicos en español después de varios días de holganza forzada, y por ellos supimos los detalles del golpe de ayer. Fue preparado y llevado a efecto por los dos generales federales Huerta y Blanquet. El primero fue al restaurante donde nosotros habíamos visto la guardia, y detuvo a Gustavo, hermano de Madero. Entre tanto Blanquet visitó a Madero en el Palacio y le pidió que dimitiese en nombre de la paz. Ante la negativa de Madero, Blanquet dijo que lo hacía prisio- nero. Entonces dispararon varios guardias del presidente y mataron a algu- nos de los de Blanquet, pero fueron dominados. Madero, el vicepresidente Pino Suárez y otros individuos del gobierno fueron puestos bajo custodia.

Hasta varias horas después no llegó la noticia del golpe a oídos de las tropas que aún luchaban en las calles y a los del pueblo. Wilson, el emba- jador norteamericano, arregló una entrevista de Díaz y Huerta, y se puso fin a la lucha.

Esta tarde dice un boletín que Gustavo Madero fue tiroteado y muerto esta mañana a primera hora por haber intentado fugarse. Como ésta es la excusa acostumbrada en México cuando quieren librarse de un preso in- deseable sin la dilación y la inseguridad de un proceso o de un consejo de guerra, se concede poco crédito a esta declaración. Sin embargo, no hay indignación, porque Gustavo Madero era una persona sumamente im- popular. La opinión pública le atribuye a él la mayor parte de las malver- saciones y los latrocinios de que se acusa a la administración de Madero, y se cree que ejercía una influencia maléfica sobre su hermano. Parece haber sido un hombre fundido en un molde menor que su hermano Fran- cisco, más ávido de ganancias personales y de menos entereza moral.

*Jueves 20 de febrero.* Poco después de haber regresado la noche pa- sada, nos despertó el grito de ¡fuego! Salimos corriendo a la privada y

vimos salir humo de la casa del fondo, a la que indudablemente había pasado el fuego desde el edificio incendiado detrás de ella. Después de haber sacado a la privada un sofá y algunos otros muebles que empezaban a arder, dominamos el fuego, pero la extinción completa se retrasó por falta de agua. Tenía que estar un individuo en el sótano inundado llevando cubos de agua mientras el resto de nosotros la arrojábamos sobre los objetos que ardían, y cuando los bomberos llegaron a relevarnos ya estaba apagado casi todo.

La mayor parte de las familias que abandonaron la privada a la primera insinuación de molestias, regresaron hoy. Están limpiando las calles de la acumulación de dos semanas de basura y escombros, y algunos edificios ya empiezan a ser reparados. La ciudad empieza a recobrar su aspecto normal y todo el mundo parece feliz y contento, menos el pobre portero, que lamenta el saqueo de sus habitaciones.

A los valientes defensores de la Ciudadela se les dispensó una gloriosa recepción esta tarde cuando desfilaron hasta el Palacio. Iban a caballo en coches de plaza, en autos y a pie, en medio de un laberinto de serpentinas, de nubes de confetti y miles de banderas. El entusiasmo era extraordinario e intenso. “¡Viva Díaz!”, era el grito que se oía por todas partes, desde los balcones arrojaban flores a los soldados, las reinas de la sociedad tremolaban banderas en su honor y todo contribuyó a hacer de éste un día de fiesta.

Nadie parece preocuparse ni cuidarse de los centenares, quizá miles, de pobres sujetos que están en los muchos hospitales de la ciudad, tiernamente atendidos por enfermeras voluntarias, pero carentes aún de muchas cosas necesarias. Y probablemente menos aún piensan en los grandes montones de cadáveres, de tres metros de altura y rociados de petróleo, que están ardiendo en los campos abiertos de Balbuena. No me interesó ir a ver el horrible espectáculo, pero las fotografías de aquella escena se venden rápidamente.

Félix Díaz desfiló a caballo del modo menos ostentoso entre dos de sus oficiales, pero la mayor parte de los espectadores lo reconocieron. Sus hechos han sido siempre muy democráticos y nada pretenciosos, y es el héroe del momento, muy popular y el candidato más prominente para la presidencia. Al general Huerta lo han hecho presidente provisional, pero probablemente lo sucederá Díaz en las elecciones generales.

Aunque también popular entre las masas, Huerta no tiene tantos partidarios como Díaz, y piensan muchos que era este último, quien debía ser presidente provisional. Corren muchos rumores feos sobre Huerta. Es creencia general que le hablaron cuando empezó a prepararse el golpe y que se

habría adherido a él si los conspiradores hubieran acordado elevarlo a la presidencia, y que éste fue el precio de su acuerdo definitivo con Díaz. Muchas personas, principalmente los maderistas, lo llaman abiertamente traidor a Madero. ¡Quién sabe!

Hoy volví a ver a Gamio. Hablamos de la situación y me dijo: "Masito,\* la gente te dice que los hombres de la Ciudadela estaban felices y que en todo momento esperaban el triunfo. No lo creas. Yo tenía un hermano allí, y sé que después de los primeros días sentían un miedo de muerte y que no creyeron nunca salir con vida."

Está de acuerdo conmigo en que los maderistas probablemente habrían ganado en unos días más. Desde que abandonaron la táctica insensata del bombardeo y adoptaron la del avance gradual abriéndose paso de casa en casa, habían hecho progresos considerables. Desde nuestra privada, que dominaban, una breve carga de cien metros los habría llevado al umbral de la Y.M.C.A. Desde luego que habrían caído muchos, pero un contingente suficientemente grande habría tomado el edificio, que desde su azotea hubiera hecho insostenible la Ciudadela. El plan de los maderistas probablemente era tomar la esquina diagonalmente opuesta a la Y.M.C.A., pero esto lo impidió el incendio de los edificios, probablemente por las avanzadas rebeldes. Mas como el mismo plan fue adoptado probablemente rodeando las casas. . . ¡Bueno! ¡No post mortem!

*Viernes 21 de febrero.* La ciudad casi ha recobrado su aspecto normal. La mayor parte de las calles están barridas, la basura recogida, los postes en su sitio y vuelven a circular automóviles. Pero pasará mucho tiempo antes de que todo esté reparado. Paseé por la ciudad un buen rato hoy para ver los daños. Se extienden por un sector muy amplio. En la Avenida Juárez los edificios están dañados por granadas. El que más sufrió es la casa de Madame Scherer, lo cual probablemente fue premeditado, porque tenía fama de ser espía maderista. El reloj ornamental que está en medio de la calle Bucareli es una ruina tal, que tendrán que acabar de demolerlo.

La mayor parte de los edificios alrededor de aquí están averiados. La avenida Balderas es un revoltijo, sobre todo en el extremo donde estuvo emplazado el cañón federal. Allí están destruidos los edificios. La calle termina ahí, pero un poco más allá está la torre de una rara y vieja iglesia que sufrió muchos daños. El gran Teatro de la Ópera no muestra señales de daños, pero debe haber sido tiroteado, porque la pared que lo rodea

\* Diminutivo de Mas, abreviatura de Mason, apellido del autor (N. del T.)

está agujereada en varios sitios por granadas, y el edificio de la Mutualista, al otro lado de la calle, está como varioloso por los impactos de balas.

El Club Norteamericano, la Cablegráfica y la mayor parte de los edificios pequeños muestran, ciudad adelante, señales de balas, pero no están muy dañados. El Jardín Hotel tiene una granada sin explotar empotrada en una de sus paredes. “¡Qué bochorno verlo afeado de este modo!”, se lamentó el propietario a Heims, quien replicó: “¡No sea usted tonto! ¿No ve usted que es el mejor reclamo que pudo tener para los futuros turistas?” Inmediatamente iluminó al hotelero la gran luz de la publicidad y dejó de lamentarse.

La gran Catedral no muestra daños, y el Palacio muy pocos, y éstos probablemente fueron causados en el primer ataque de aquel memorable domingo. Pero el más dañado es la Y.M.C.A. Hoy conseguimos subir al último piso. Hay grandes agujeros en las paredes y en los tabiques, polvo, escombros, cartuchos de fusil, trozos de granada, libros, ropa, baúles rotos y efectos personales chamuscados esparcidos por todas partes y mezclados en el mayor desorden. Es un revoltijo espantoso, pero los dueños sonríen al ver semejante destrozo, pues creo que está convenido que Díaz pagará todas las reclamaciones por daños.

Nos contaron muchos incidentes de la defensa; casi todas las azoteas por debajo tienen sus episodios que narrar. “¡Mire! ¿Ve usted el tejado de aquella iglesia, allá abajo? Seis soldados maderistas con una ametralladora tuvieron que atravesarlo para emplazar su Colt en una buena posición. Esta ametralladora les envió un río de plomo e hirió a cinco mientras lo atravesaban. El último llegó por casualidad a la entrada, se volvió, nos hizo un gesto con la mano y desapareció sano y salvo. Sobre aquella otra azotea estuvimos haciendo fuego durante un par de horas hasta que conseguimos echar a un individuo escondido detrás de la chimenea.”

Los Cameron, que solían vivir con nosotros, tuvieron una experiencia emocionante. Estaban en un sitio peligroso y se escondieron en una esquina durante dos días, mientras las balas entraban y salían por las ventanas. Finalmente, durante un momento en que se calmó el fuego, echaron a correr y no habían hecho más que llegar a la puerta cuando una *shrapnel* juguetona entró por la ventana. Prácticamente, perdieron todo lo que tenían.

*Sábado 22 de febrero.* ¡Hoy es el *Birthington's Washday!* La colonia norteamericana celebra su fiesta anual a pesar de los desórdenes.

La mayor parte de los edificios dañados de la ciudad ya están siendo reparados, excepto la Y.M.C.A. y la *Nueva Era*. Por todas partes se ven-



den postales con fotografías del bombardeo, y se agotan rápidamente. Hay también gran demanda de recuerdos y alcanzan precios elevados. Por todas partes hay niños que ofrecen trozos de granadas y cartuchos vacíos, a cinco pesos la pieza.

Dicen que durante el bombardeo unos norteamericanos se acercaron a una batería emplazada en un campo. “¿Tiene usted algunos cartuchos vacíos para vender, señor?” —“Pues no, señores. Acabo de vender el último. Pero aguarden un momento. ¡Listo! ¡Apunten! ¡Fuego! Aquí tienen ustedes, señores. ¿Les basta éste? Son dos pesos. Gracias.” Heims estuvo comprando y tratando hasta que al fin consiguió un cartucho entero, y con la ayuda de un oficial amigo consiguió que se lo firmara el general Navarrete, jefe de artillería. Está muy contento con su recuerdo.

*Domingo 23 de febrero.* ¡Hoy hace exactamente dos semanas que empezó todo.

Esta mañana me despertaron unos golpes en la puerta, y entró la señora Massey. Estaba llorando. “¡Oh, señor M.!, —dijo—. ¡Han matado a Madero. ¡Perros cochinos! Ahora me avergüenzo de ser mexicana. Mi marido solía decirme que al fin tendrían que entrar aquí los norteamericanos, y yo me enfadaba, pero ahora voy creyendo que tenía razón.”

¡Pobre don Pancho! No conocía a su propio pueblo, a su país. Era débil, clemente, idealista, cuando el gobernante de México necesita ser fuerte, severo y materialista. El viejo Porfirio Díaz conocía mejor a su gente. Madero quiso discutir cuando se trataba de luchar, de conciliar cuando se trataba de aplastar, de perdonar cuando se trataba de fusilar. Iba demasiado por delante de su pueblo en cultura y quiso poner sus ideales en disfrute prematuramente.

Sin duda que su administración encubrió mucho latrocinio y mucho escándalo. Madero estaba demasiado sometido a la influencia de los otros individuos de su familia y demás favoritos que aprovechaban el poder en interés propio. Pero con su muerte no se realizó ningún buen propósito. Se da poco crédito a la información oficial sobre su muerte que, como en el caso de su hermano, dice que fue accidental mientras trataba de escapar: la *ley de fugas*. Pero muchas personas prefieren creer que su muerte era necesaria para la paz de México, y nadie formula contra alguien cargos personales.

La pregunta popular es ahora ésta: “¿Cuánto tardarán en reñir Díaz y Huerta?”